

Crítica del sistema laboral porteño y reconfiguración de la figura del escritor en *Aguafuertes* *porteñas* de Roberto Arlt

“El hombre caminaba despacio. Triste. Aburrido. Yo vi en él el producto de veinte años de garita con catorce horas de trabaja y un sueldo de hambre, veinte años de privaciones, de sacrificios estúpidos y del sagrado terror de que lo echen a la calle.[...] no hay día más triste que el sábado inglés ni que el empleado que en un sábado de éstos está buscando aún, a las doce de la noche, en una empresa que tiene siete millones de capital, un error de dos centavos en el balance de fin de mes!”

“La tristeza del sábado inglés”. R. Arlt

RAYMOND OCAMPO

La escritura de Roberto Arlt plantea un doble desafío al campo literario. Por un lado, su larga labor de cronista se erige como un modelo disidente y reformador del trabajo literario y de las categorías

que lo estructuran (escritor, autor, obra, lector, valor literario, etcétera). Pero, al mismo tiempo, sus crónicas pretenden cuestionar el valor del cual se nutre la idea del trabajo en el contexto de la búsqueda del ideal moderno del progreso. En ese sentido, el primer

movimiento puede considerarse un desafío conceptual al *interior* del campo literario que, sin embargo, supone un segundo movimiento: un desafío más amplio dirigido al *exterior* de la literatura, al campo laboral donde el mismo periodismo se ve inscrito.

Las *Aguafuertes porteñas*, un conjunto de artículos publicados en el diario *El Mundo* entre 1928 y 1933, constituyen, según mi hipótesis, un medio de negociación entre los campos literario y laboral, en tanto representaciones de distintos espacios donde se expone la crisis del sistema laboral de esos tiempos, plantean una mirada crítica de este sistema y le oponen un modelo alternativo, propio del trabajo del escritor y fundamentado en un valor no monetario que escapa tanto de la lógica mercantil como del ideal del progreso.

En este rol de observador y crítico, el cronista se erige como vocero de una literatura que no se comprendería dentro del flujo mercantil propio del sistema capitalista: como escritor, esboza representaciones del trabajo que aparentemente carecen de valor comercial dentro del mercado literario, pero satisfacen una demanda de otro tipo y, por ende, merece, más allá de un salario, una remuneración *simbólica*, propia de una lógica moral que excede los términos monetarios.

Siguiendo esta hipótesis, este ensayo se estructura en dos secciones. En primer lugar, me concentro en las representaciones que Arlt ofrece de ciertos tipos porteños a partir de la descripción de situaciones relacionadas con distintas formas de experiencia laboral y de evasión del trabajo; a lo largo de esta sección, muestro la mirada crítica de Arlt respecto del mundo laboral y la revelación que hace de la abulia social que inunda su ciudad. En segundo lugar, explico cómo esta mirada del trabajo obliga al cronista a reubicar su propia labor,

partiendo de la *fiaca* que siente él mismo y transfigurando el valor de la literatura para hacer frente a la crisis social de su tiempo.

1. LA CRÍTICA DEL TRABAJO MODERNO

“Y un buen día, día lejano, si alguna vez llega, él, el profesional de la busca



Roberto Arlt. Fuente: https://es.wikipedia.org/wiki/Roberto_Arlt

de empleo, se “ubica”. Se ubica con el sueldo mínimo, pero qué le importa. Ahora podrá tener esperanzas de jubilarse. Y desde ese día, calafateado en su rincón administrativo espera la vejez con la paciencia de una rémora”. “La tragedia del hombre que busca empleo”. R. Arlt

La opinión de Sylvia Saítta acerca de la mirada de Arlt sobre su ciudad en *Aguafuertes porteñas* sirve para contextualizar mi análisis de la perspectiva de este sobre el mundo laboral porteño de fines de la década del veinte:

El fuerte escepticismo con el cual observa a su sociedad, de la cual se siente ajeno y en la cual no se reconoce, lo llevan a pelear día a día contra las pequeñas miserias e inmoralidades cotidianas escondidas detrás de la fachada “honesta” de un “correcto padre de familia” o en la comedia diaria del “flirt y el noviazgo”[...]. Su mirada sarcástica [...] pone en cuestión la organización de todo el sistema sobre el cual está basada la ética social (Saítta 1993: 63-64).

Para comprender la particularidad de este escepticismo arltiano frente al sistema de trabajo porteño en sus *Aguafuertes...*, es necesario dilucidar cómo se desenvuelve el sistema de trabajo en el Buenos Aires de su tiempo; en otras palabras, se debe determinar cuál es el nivel de desarrollo de la ciudad dentro del capitalismo. La mirada de Arlt se posa sobre una serie de empleos y oficios, pero, también, en distintas formas de evasión del trabajo (pereza temporal, haraganería juvenil, vagancia por aburrimiento, apariencia de trabajo). En esta representación, se elabora una visión global del “espacio laboral” creado en Buenos Aires gracias a una modernización que no solo conllevó la industrialización de la ciudad y la proletarización del trabajo, sino

también la diversificación laboral y la generación de una masa de personajes que, si bien no caen en el *hampa* como los personajes con los que se acaba relacionando Erdosain de la novela de Arlt *Los siete locos* (1929), tienen el *no-trabajo* por trabajo.

La década de 1930 en Argentina se inicia con el cierre de un ciclo de aparente bonanza económica debido al impacto de la crisis económica mundial; a su vez, esta situación de inestabilidad desen-cadena, finalmente, en el golpe de Estado perpetrado por el general Urriburu. En este escenario, el campo laboral porteño sufre modificaciones que ponen ante la mirada del cronista la colisión, detectada por Zygmunt Bauman, entre la situación real del trabajo y la visión idealizada de este que lo muestra como el medio privilegiado para alcanzar la máxima moderna del progreso. Arlt representa así, un espacio en el que confluyen, por un lado, las vidas del pobre, el proletario y el *lumpen* y, por otro, las masas ilusionadas con el ascenso social que significa un empleo de oficinista. Según Bauman, la principal de las razones por las que el trabajo

ha sido elevado a la categoría de máximo valor de los tiempos modernos [fue] su extraordinaria habilidad, casi mágica, para dar forma a lo informe [...]; en cada uno de los méritos que se le asignan [al trabajo] subyace la contribución a la construcción de ese orden, al gesto histórico de poner a la especie humana a cargo de su propio destino. [...] Y el trabajo así definido fue el esfuerzo colectivo en el que cada uno de los miembros de la humanidad debió tomar parte (Bauman 2004: 146).

Así, la idealización moderna del trabajo no está ligada solo al

progreso personal, sino al progreso como sociedad que se refleja en la noción casi naturalizada de que el trabajo dignifica al ser humano. Arlt ubica este tópico en las palabras de la madre de Silvio en *El juguete rabioso* (1926), pero también despliega una mirada crítica sobre la promesa vacía del trabajo: la errancia laboral de Silvio, el motor de la narración en la novela, revela la frustración individual tanto frente a la dificultad de conseguir empleo como frente al empleo que, una vez conseguido, no cumple las expectativas prometidas. En medio de esto, la aparición de personajes que ocupan su tiempo vagabundeando o hablando de alevosas teorías políticas y radicales proyectos utópicos es un gesto de rebelión frente a la vida dedicada a la productividad y comprometida con el progreso.

Las *Aguafuertes*... ofrecen, en esta línea, una imagen sintomática del proceso de modernización de Buenos Aires que, lejos de equipararse con el ideal de progreso hacia el que apuntaba, muestra las diversas caras sociales o *tipos* que surgen en la lucha por hacerse de un lugar mejor en la pirámide socioeconómica fruto del capitalismo. Sin embargo, también ponen en evidencia a aquellos que, en un gesto de rebeldía, renuncian a participar en esta lucha. Entre ellos, revisaremos cuatro *tipos* de los que propone Arlt: el que busca un empleo, el que tiene un oficio, la muchacha pobre y las variantes del que vagabundea.

1.1. EL QUE BUSCA EMPLEO

En “La tragedia del hombre que busca empleo” Arlt afirma que “en Buenos Aires, *el hombre que busca empleo* ha devenido en constituir un tipo *sui generis*. Puede decirse que este hombre tiene el empleo de *ser hombre que busca trabajo*” (p. 85, cursivas mías). En esta disputa del día a día por un trabajo que “no es

nunca superior a ciento cincuenta pesos” (p. 85), se forma una masa popular, aglomeración o muchedumbre que ocupa las calles de la ciudad. Sin embargo, a diferencia del proletariado que inundó las ciudades de Estados Unidos por la crisis de 1929, esta masa porteña “quiere trabajar, pero sin ensuciarse las manos, trabajar en un lugar donde se use cuello; en fin, trabajar ‘pero entendámonos... decentemente’” (p. 85).

De esta manera, la ilusión del valor del trabajo se quiebra al confrontarse con una realidad en la que el *valor de cambio* de la *fuerza de trabajo* se reduce a lo mínimo para sobrevivir, punto sobre el cual se sostiene la reproducción del capital según Marx (2010: 234-236). Pero, además, esta desilusión se agrava al comprobarse de que el *valor simbólico* propio del trabajo de los empleados no fabriles a los que se refiere Arlt (escribanos, asistentes de farmacia) no los exime de la misma crisis laboral.

De la misma forma, una segunda distinción simbólica que representa el progreso en el tránsito del trabajo rural al trabajo urbano es representada por Arlt y sufre las consecuencias de la misma crisis: “la ciudad está congestionada de empleados. Y sin embargo, afuera está la llanura, están los campos, pero la gente no quiere salir afuera” (p. 86). El proceso de industrialización tuvo como elemento central la migración del campo a la ciudad por la promesa del trabajo fabril en las ciudades; la masificación de estas conllevó a la diversificación de los empleos urbanos y la mayor valoración simbólica de estos sobre el trabajo fabril. La debacle de este proceso y el derrumbamiento de sus significados son descritos en las estampas urbanas porteñas que Arlt ofrece a finales de la década del veinte.

1.2. EL QUE TIENE UN OFICIO

Los empleados retratados por Arlt en “La tragedia del hombre que busca empleo” son distintos de aquellos que poseen un oficio. Estos, según el periodista, se caracterizan por poseer un conocimiento de reglas y procesos para el desarrollo de un producto específico, es decir, una *techné*; así, en “El relojero” se puede ver a un especialista en la reparación de relojes despertadores quien remarca su predisposición natural para el oficio y los años de estudio que le demandó aprender y dominar la técnica. Poseer una *techné* constituye un *valor simbólico* del que se nutren los oficios y que los hace funcionales a la idea del progreso que sería alcanzable a través del trabajo. Sin embargo, la crisis laboral afecta a este *valor* que, en las propias palabras del relojero, se revela como vacío:

El oficio abunda tanto que para darse cuenta de ello no tienes más que leer las páginas de avisos de los diarios. No se piden nunca relojeros. Y no se piden porque sobran. La profesión está echada a perder. Con decirle que yo he estado nueve meses sin trabajo, buscando empleo de relojero, y eso que soy oficial (p. 55).

El problema de fondo parece ser que, dentro del capitalismo, todo *valor simbólico* ligado a un determinado tipo de trabajo tiene como

finalidad la ampliación del mercado para el incremento del capital. Se trata de una creación de estímulos que dinamizan el crecimiento de la mano de obra especializada y sirve, así, a la lógica de la generación de riqueza en la economía capitalista. En el espacio urbano porteño que presenta Arlt, estos estímulos ya revelan la false-

estas se funden con la masa proletarizada de la ciudad.

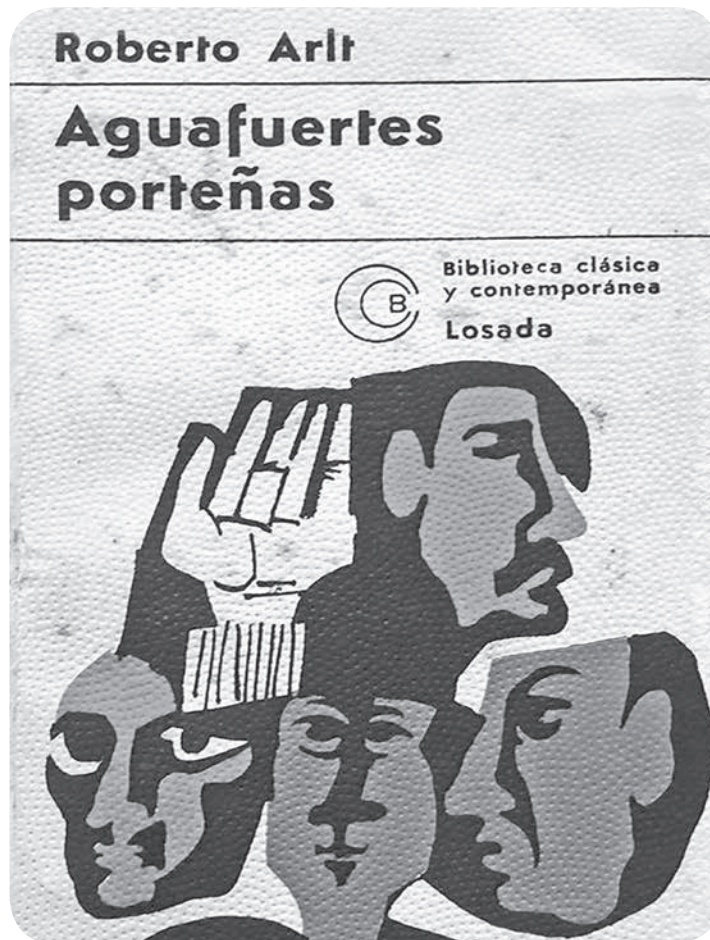
1.3. LA MUCHACHA POBRE

“La muchacha del atado” es una retrato arltiano de la mujer pobre de Buenos Aires. La mirada del periodista tiene la virtud de exponer la particular situación de las mujeres en lo referente al trabajo y confrontar al lector con esta verdad:

Y usted, con terror, siente que desde adentro le contesta una voz que estas mujeres no fueron nunca felices. ¡Nunca! Nacieron bajo el signo del trabajo y desde los siete o nueve años hasta el día en que se mueren, no han hecho más que producir, producir costura e hijos, eso y lo otro, y nada más (p. 20).

En el caso de la mujer, la crisis laboral no se expresa en la mera necesidad del trabajo productivo para sobrevivir, sino que recuesta sobre sus hombros aquello que Hannah Arendt (1993) llamará “labor”: si ella es dependiente del *valor de cambio* de un producto

material, como la costura, la sociedad le otorga la responsabilidad de un tipo distinto de actividad, la del cuidado de sus padres, de sus hermanos, de su pareja y, finalmente, de sus hijos. Por esta labor, no existe ningún tipo de *salario*. Del mismo modo, el encargarse de la administración del dinero y el hogar —la *economía* en el sentido griego del término— recae sobre la mujer y sin ningún tipo de *valor* de reconocimiento.



Portada de *Aguafuertes porteñas* de Roberto Arlt en Ediciones Losada.

dad de sus promesas y exponen el carácter utópico del progreso. Lo cierto es que el *valor de cambio* de los servicios brindados por técnicos, como el relojero, no representa lo equivalente al *valor simbólico* del que están cargados sus oficios. Además, este *valor* estimula el aumento de personas que estudian un oficio y la demanda de su trabajo durante la crisis de fines de la década del veinte decrece de tal manera que

Aquí el *valor simbólico* del ama del hogar se desplaza a lo más alto del podio, en tanto su abnegación no demanda nada a cambio y la sume en la mayor desgracia dentro de una familia pobre.

Finalmente, hay en este agua-fuerte una expresión abierta de la crítica arltiana del trabajo y una directa responsabilidad tanto al sistema económico, por sumir a la mayoría de hombres y mujeres en la pobreza, como al sistema social funcional a aquel, por asegurar la injusticia laboral en sus formas *simbólicas*, especialmente en el caso de la estructura que condena a la mujer al servilismo de la labor dentro de casa. Arlt hace referencia a *El sueño de Makar* de Vladimiro Korolenko y explica que las injusticias que el personaje central ejerció durante su vida sobre su mujer no son completamente responsabilidad suya: “y Dios se va apiadando de Makar, comprende que Makar ha sido, sobre la tierra, como la organización social lo había moldeado, y súbitamente, las puertas del Paraíso se abren para él, para Makar” (p. 20). Y junto con Dios, Arlt espera que sus lectores también tomen conciencia de esto.

Si bien, como menciona Saítta, Arlt explota “su saber de cronista profesional para registrar situaciones sociales y espacios urbanos vedados en *El Mundo*” (2006: 94) a través de publicaciones como *Bandera Roja* o *Actualidad económica, política, social*, agua-fuertes como “La muchacha del atado” llegan a hacer una exposición crítica bastante explícita. A pesar de no tratarse de retratos de movimientos sindicales o de espacios fabriles que expongan la situación de explotación del proletariado, el desencanto de Arlt con el sistema capitalista en sus crónicas de *El Mundo* cumplen una función clara de mostrar la realidad social del trabajo tal como se presenta día a día en las calles y, por ello, utiliza

reiteradas veces frases que apelan a un sentido común con sus lectores, los porteños que recorren las mismas calles que él, por ejemplo: “yo no sé si ustedes se han fijado el calor brutal que hacía ayer, ¿no?” (p. 29), “y ahora las ve usted a estas mujeres cansadas...” (p. 18).

1.4. EL QUE VAGABUNDEA

El último *tipo* descrito por Arlt es un sujeto marginal, pero que, a diferencia de los anteriores, posee una *agencia* en tanto decide ser marginal. Se trata de un producto del sistema laboral capitalista, pero solo en la medida en que es una subversión frente a la crisis de este: el que decide no trabajar se erige, pues, como una vida que es en sí misma un manifiesto contra la alienación y explotación que se esconden detrás del ideal del progreso por medio del trabajo¹. Arlt se concentra particularmente en el tratamiento de este personaje, quizás por su auto-identificación con él, como veremos más adelante. En *Agua-fuertes porteñas*, el cronista ofrece una subtipología del que vagabundea: el que tiene la *fiaca*, el *squenun*, el *esgunfiado* y el que *se tira a muerto*.

En “El origen de algunas palabras de nuestro lenguaje popular”, Arlt realiza un estudio filológico del origen de la frase “tener la *fiaca*” o “estar con *fiaca*”, en el cual afirma que el sujeto al que se aplica es “todo individuo con pereza, el hombre que momentáneamente no tiene ganas de trabajar” (p. 14). Sin embargo, el *fiacín* se distingue en aspectos particulares del *squenun*, el cual vive en un estado permanente de desgano para trabajar, y del que *se tira a muerto*, en tanto este último premedita el no trabajar, mientras que el que tiene la *fiaca* lo hace “instintivamente, lo cual lo hace digno de todo respeto” (p. 14). El valor específico del *fiacín* para Arlt consiste, entonces, en que es la evidencia viviente

del agotamiento natural —por eso, tener la *fiaca* es un instinto— frente al trabajo propio de dicha época y, al mismo tiempo, frente al discurso que lo idealiza como medio para el progreso.

El *squenun*, por su parte, tiene un peso propio ante la mirada del cronista porque personifica la pereza en tanto respuesta al sistema laboral en conjunto; por ello, no es alguien que se agota, sino alguien que hace del agotamiento un estilo de vida. Así, en “Divertido origen de la palabra *squenun*”, Arlt afirma sobre este *tipo* que “es un fenómeno social. Es decir, un fenómeno de cansancio social” (p. 16). El componente diferencial frente al que *se tira a muerto* consiste en que este pretende que trabaja y así se lo encuentra en espacios laborales, aprovechándose del trabajo de los demás. Se trata, pues, de una figura que halla la manera de “sacarle la vuelta” al sistema laboral y el valor que le atribuye el cronista es justamente el de desarrollar esta *agencia* como una facultad natural, ya que “no se tira a muerto el que quiere, sino el que puede”, en tanto “ha nacido con tal tendencia” (p. 26).

Finalmente, el *esgunfiado* es aquel que tiene la vocación de la vagancia y se diferencia de todos los anteriores porque esta se origina en una especie de renuncia a las fuerzas vitales no solo para trabajar, sino para cualquier actividad que implique algún esfuerzo. Es este desgano para la vida, el aspecto más sintomático de la experiencia que Arlt presenta como propia del mundo porteño de esos años. En ese sentido, presentar al *esgunfiado* sirve para completar la figura del que vagabundea y pone en evidencia la centralidad que este tiene en la experiencia vital que el cronista proyecta como propia del Buenos Aires de su tiempo. La obsesión por el trabajo, en este contexto, se sintetiza en las palabras de un almacenero

que observa a un *esgunfiado* en “La vida contemplativa”:

Él odia a los hijos del país. Los odia porque *se tiran a muertos*, porque *se esgunfian*, porque no trabajan. Quisiera ver la tierra convertida la mitad en un almacén y la otra mitad en dependientes de ella. Luego reclina el ‘mate’ sobre el Haber y firma un cheque, regocijado de su prosperidad y de no haberse *esgunfiado* nunca de ese tren de laburo, que comienza a las cinco de la mañana y termina a las doce de la noche (p. 76).

2. EL TRABAJO DEL CRONISTA

“Recuerdo perfectamente que los manuales escolares pintan a los señores [...] que callejean como futuros perdularios, pero yo he aprendido que la escuela más útil para el entendimiento es la escuela de la calle, escuela agria, que deja en el paladar un placer agridulce y que enseña todo aquello que los libros no dicen jamás. Porque, desgraciadamente, los libros los escriben los poetas o los tontos. Sin embargo, aún pasará mucho tiempo antes de que la gente se dé cuenta de la utilidad [del] callejeo. Pero el día que lo aprendan serán más sabios, y más perfectos y más indulgentes”.

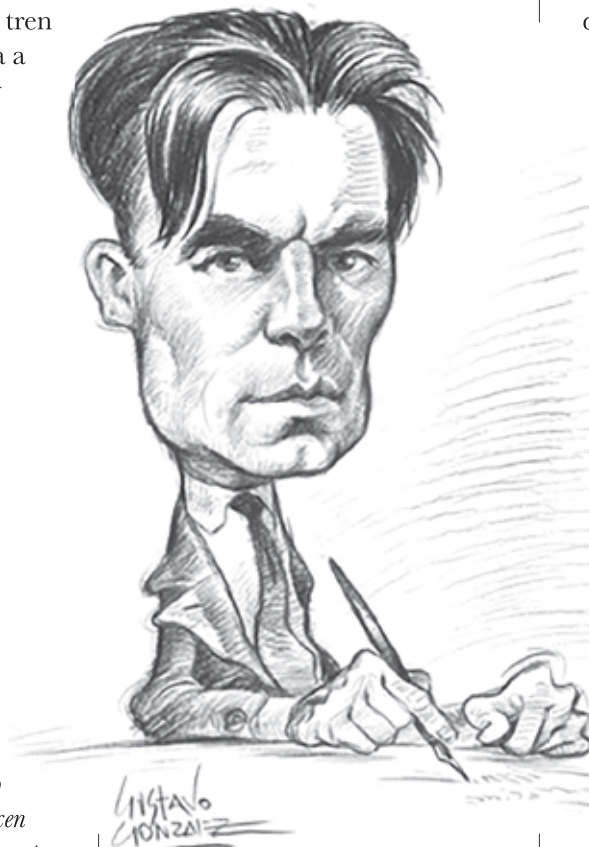
“El placer de vagabundear”. R. Arlt

Teniendo en cuenta la visión crítica que tiene Arlt sobre el trabajo en el Buenos Aires de su tiempo, cabe preguntar qué lo mantiene

ligado a su labor de cronista. La respuesta más evidente revela, al mismo tiempo, que la escritura no es distinta de otras formas de trabajo presentes en este contexto urbano: *se labura* para sobrevivir. Esta respuesta resume la actitud frente al trabajo que sostienen los *tipos* analizados previamente, pues, por más que el *valor simbólico* de sus labores

laboral porteño, comparte con el *tipo* del que vagabundea su resistencia crítica al mismo: a la manera del que *se tira a muerto*, Arlt realiza una *performance* laboral de alguien que escribe crónicas, pero no realmente por el *suelo* que recibirá a cambio de reproducir la lógica del sistema de trabajo, sino por la motivación moral de criticarlo.

En “El lector que manda tema para crónicas”, el cronista expresa la abulia característica del individuo que experimenta el mundo del trabajo en Buenos Aires al hablar sobre su propia actividad:



Roberto Arlt.
Caricatura de Gustavo González.

no sea reconocido y su *valor de cambio* o *salario* sea ínfimo, la necesidad de sobrevivir es lo que mantiene al empleado, al relojero y a la costurera en su rutina laboral. Sin embargo, en el caso de Arlt, la respuesta es algo más compleja. Según mi hipótesis, si bien el cronista de *El Mundo* se inserta en el sistema

Cada carta con una propuesta sobre qué escribir es como una ayuda gratis y oportuna en esta tarea de yugar a diario. Manito cordial, desinteresada que, cuando uno está con *fiaca*, aburrido, sin saber sobre qué escribir, porque el mundo de las crónicas parece que con la abulia se ha agotado, llega de pronto a levantarle la imaginación, a disolver la modorra, y uno se siente interesado con el tema que la carta del desconocido lector ha traído, y entonces, agradeciendo al diablo que le haya enviado un colaborador, se sienta a la Underwood, mira de reojo la carta, cavila tres segundos el tema y, de pronto, las teclas empiezan a resonar... la crónica sale (citado por Saítta 1993: 65).

Sin embargo, estas líneas también dejan en evidencia una particularidad del trabajo del cronista que explica por qué este no cede ante la *fiaca*: la experiencia cotidiana estimula la escritura, pero

evidentemente no la experiencia del cronista aburrido y sentado en su escritorio, sino la de los lectores que, por medio de una carta, “levantan su imaginación”. Lejos de constituir una inspiración romántica que lo desconecte de su realidad inmediata, esta elevación imaginativa del escritor consiste en una potenciación de su relación con la vida: Arlt encuentra en los relatos de sus lectores una motivación para escribir. Pero ¿por qué esta experiencia colectiva a la que tiene acceso privilegiado el cronista lo motiva?

La reflexión arltiana sobre el trabajo del escritor de libros, distinto al del cronista, permitirá esbozar una respuesta. En “La inutilidad de los libros” se afirma que:

el escritor es un señor que tiene el oficio de escribir, como otro de fabricar casas. Nada más. Lo que lo diferencia del fabricante de casas es que los libros no son tan útiles como las casas, y después... después que el fabricante de casas no es tan vanidoso como el escritor (p. 90).

El tono irónico con el que Arlt desarrolla esta analogía entre el fabricante de casas y el “fabricante de libros” muestra que la vanidad del escritor se corresponde con la carencia de *valor de uso* de sus libros. Además, el autor agrega que la *techné* necesaria para la producción de estos consiste en “desorientar a la opinión pública. La gente busca verdad y [los escritores] les damos verdades equivocadas [...] para escribir un libro por año hay que macanear. Dorar la píldora. Llenar páginas de frases” (p. 90). De este modo, el saber técnico del escritor no se aplica a la producción de un discurso verdadero, sino a la creación de uno que aparenta serlo; así, por ejemplo, el novelista no trabaja realmente, solo aparenta hacerlo. Sin embargo, la

demanda de verdad que Arlt reconoce en el público no queda imposibilitada de ser satisfecha: el contacto del cronista con la vida urbana de su tiempo, posible gracias a su vínculo con los lectores y su experiencia cotidiana de las calles, le permite ofrecer una mirada real del Buenos Aires de su tiempo a los compradores de *El Mundo*.

En medio de la abulia generalizada frente al trabajo, el cronista está en una posición privilegiada que le permite escapar de ella, ya que reconoce en la verdad cifrada en sus crónicas no un mero *valor simbólico*, como el propio de una actividad meramente “artística” como la escritura de novelas, sino un *valor de uso*, a saber, la verdad por la que los lectores recurren a su sección en el diario. Siguiendo la misma lógica, se entiende que el *valor de cambio* de una crónica sería el dinero que el diario paga al escritor. Es por ello que abordar la escritura de las *Aguafuertes porteñas* únicamente desde la necesidad para sobrevivir no permite acceder a la comprensión global del trabajo de cronista que ejercía Arlt: el periodismo no es un recurso laboral para el escritor de novelas, sino una actividad con un *valor de uso* propio, del cual, por lo demás, está exenta toda producción literaria que no habla con la verdad.

Cabe, por último, explicar una aparente paradoja a partir del contraste entre la falsedad del valor del trabajo como medio para el progreso que Arlt revela en los *tipos* analizados y el valor propio del trabajo del cronista. El ingreso al mercado laboral a través del periodismo, lejos de expresar una confianza ciega en la posibilidad de “salir adelante en la vida”, significa para Arlt la explotación de un pequeño nicho desde el que es posible ejercer una crítica social que aún posee un *valor de uso* y un *salario* que la respalda. La

especial atracción que siente el cronista por la figura del que vagabundea, se entiende no solo como una muestra de empatía por ser ambos víctimas del sistema laboral porteño, sino por la urgencia de denunciar la *verdad* de esta situación durante la crisis de la época. Así, el cronista decide no tirarse a muerto y, en cambio, al decir de Saítta:

consciente del poder de su escritura y del valor que le otorga el poseer una firma reconocida, asume el rol de periodista denunciante que, con cámara fotográfica en mano, juzga intolerable la desigualdad existente entre las clases sociales (1993: 66).

La materia prima es el objeto sobre el que se aplica todo trabajo productivo; esta, en el caso de la crónica, se corresponde con la experiencia de las personas que sufren el impacto de la crisis económica y viven en carne propia el desengaño frente al paradigma del progreso. Es por ello que la fotografía, la mejor tecnología disponible entonces para capturar la *verdad* urbana, se erige como el *utensilio* principal del cronista. Ahora bien, las cartas de los lectores son el producto de un *trabajo pasado* objetivado en la materia prima con la que Arlt opera; por ello, en la crónica el trabajo de escritura va más allá de la división entre escritor y lector que es propia de los otros géneros escriturales. El cronista, en “Sobre la simpatía humana”, toma conciencia del valor de este trabajo del lector:

Hay lectores, por ejemplo, que le escriben a uno cartas de cuatro, cinco, siete, nueve carillas. Usted se desconcierta. Se dice: ¿Cómo, este hombre se ha molestado en perder tanto tiempo en hablarle a uno por

escrito? No se trata de un hombre que escribe por escribir, no. Es un individuo que tiene cosas que decirle, un espíritu que va a través de la vida pensando cosas (p. 80).

Arlt reconoce en la palabra de sus lectores un carácter de gratuidad que le impele a escuchar y comprender lo que los motiva a escribir sin un *suelo* que retribuya su labor. Así, la responsabilidad que asume el cronista al redactar estas notas sobre la cotidianidad urbana se hace un trabajo propiamente dicho, aquel por el cual el cronista puede “ganarse el puchero” (p. 90): las cartas no solo ofrecen su contenido a las *Aguafuertes...*, sino que revelan la *demanda* social de un discurso verdadero sobre lo que sucedía en las calles porteñas y, al mismo tiempo, el *valor de uso* que tiene el desarrollo de estas notas cargadas de una denuncia social, corrosiva, al igual que la técnica de grabado que da título al conjunto de las crónicas escritas por Arlt.

La estrecha cercanía que se establece entre el cronista y sus lectores permite entender la elección del *periodista denunciante* como modelo de su labor: ante la injusticia cotidiana, es imposible dejarse llevar por la abulia propia de los personajes que vagabundean en las *Aguafuertes...* y solo cabe lugar a hablar por sus lectores. Asimismo, el alcance masivo de estas, facilitado por los temas del día a día que abordan y el lenguaje metafórico, pero siempre diáfano de

Arlt, pretende una toma de conciencia que derive del reconocimiento de los lectores en los *tipos* de sus relatos. El trabajo del cronista asume así un compromiso social.

Frente al modelo arltiano del cronista como *periodista denunciante*, el del escritor de otros géneros “no revisa sus opiniones. Cree que lo que escribió es verdad por el hecho de

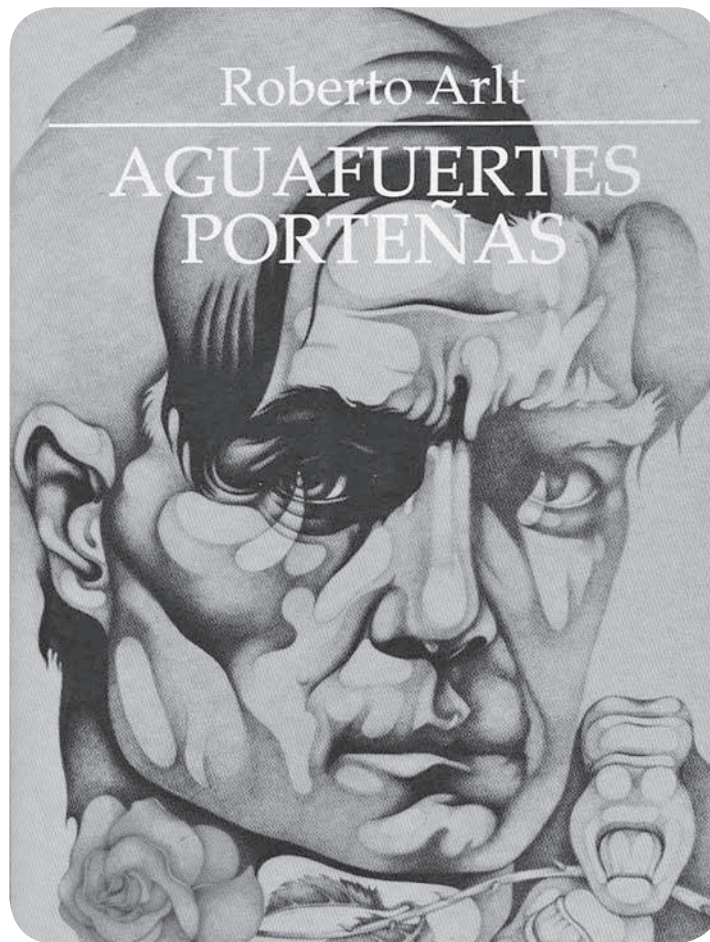
vanidad, el cronista tiene por finalidad decir la verdad; se trata de un deber moral y político, no sólo con la sociedad de manera abstracta, sino con todos los lectores que le confían sus experiencias reales. El compromiso de Arlt con su trabajo es ser “para los que leen una especie de centro de relación común [...] un escritor que sea así no tiene nada que ver con la literatura. Está fuera de la literatura. Pero, en cambio, está con los hombres” (p. 90).

De acuerdo con esto, el *periodista denunciante* de Arlt anuncia la figura del escritor comprometido la cual sería propuesta, para un contexto social distinto, por Sartre. Para este, la palabra del escritor debe ser una acción que modifique el mundo:

Hablar es actuar: toda cosa que se nombra ya no es completamente la misma: ha perdido su inocencia [...] al hablar, descubro la situación por mi mismo propósito de cambiarla; la descubro a mí mismo y a los otros para cambiarla [...] La función del escritor consiste en

obrar de modo que nadie pueda ignorar el mundo y que nadie pueda ante el mundo decirse inocente (Sartre 1967: 52-54).

Si bien su acercamiento a los sectores proletarios y al Partido Comunista se concretaría en la presentación de sus obras en el Teatro del Pueblo, sus *Aguafuertes porteñas* son ya una opción por acercar la literatura a la realidad². Para el cronista,



Portada de *Aguafuertes porteñas* de Roberto Arlt en Terramar.

haberlo escrito él [...] es el centro del mundo” (p. 90). Es justamente esta figura del artista en la torre de marfil canonizada en la literatura de las décadas finales del siglo XIX y las primeras del XX la que Arlt quiere desterrar del campo literario: al difuminar la distinción entre verdad y apariencias, se equipara con la imagen del poeta que Platón (2009) señala como perjudicial para la *polis* griega. Frente a esta temible

si alguien busca acercarse a la verdad, “ningún libro podrá enseñarle nada. Salvo los que se han escrito sobre esta última guerra. Esos documentos trágicos vale la pena conocerlos. El resto es papel...” (p. 91). Décadas antes de la defensa que hace Rodolfo Walsh del testimonio y la denuncia en el mismo campo literario argentino como “categorías artísticas por lo menos equivalentes y merecedoras de los mismos trabajos y esfuerzos que se le dedican a la ficción” (1973: 20), la opción arltiana por la crónica responde a un gesto político análogo e igual de necesario desde su propio contexto social: la crónica urbana de Arlt se erige como un subgénero de la literatura comprometida que ofrece relatos de escenas cotidianas sin un aparente potencial literario, y recurre a un lenguaje coloquial y directo para llegar a un público masivo. A través de las *Aguafuertes porteñas*, el ciudadano de a pie podía reconocer su vida en la de otros con quienes recorrer Buenos Aires y, por consiguiente, pensar en cambiarla.

3. CONCLUSIÓN

“De pronto, tengo una sensación agradable. Pienso que todos estos lectores se parecen por la identidad del impulso; pienso que el trabajo literario no es inútil, pienso que uno se equivoca cuando sólo ve maldad en sus semejantes, y que la tierra está llena de lindas almas que sólo desean mostrarse.[...] Hasta se me ocurre que podría existir un diario escrito únicamente por lectores; un diario donde cada hombre y cada mujer, pudiera exponer sus alegrías, sus desdichas, sus esperanzas”.

“Sobre la simpatía humana”.
R. Arlt

El contexto en el que se enfoca este trabajo puede comprenderse a través de las palabras de Rodríguez:

En épocas de crisis, las preguntas por la identidad ocupan el centro de la vida cotidiana y de los debates intelectuales. ¿Quiénes somos? ¿Cómo incorporamos lo nuevo? Desde las primeras décadas del siglo, Buenos Aires cambia a un ritmo alucinante; las transformaciones abarcan la ciudad, la sociedad, la política, la cultura y la vida cotidiana (1993: 6-7).

Es justamente frente a las falsas promesas de la urbe moderna que las *Aguafuertes porteñas* se elevan como una voz crítica que, al mismo tiempo, es síntoma del sentir propio de las calles bonaerenses: el trabajo no trae consigo ni el progreso individual ni el colectivo. Arlt presenta retratos de quienes sufren en su vida diaria el desengaño frente a sus ocupaciones y trabajos, los cuales se reducen a una competencia vana por las migajas en una economía que no *demand*a tantos empleados ni considera el *valor simbólico* propio de algunos oficios, y condena a la miseria a ciertas personas que, como las mujeres, sostienen un trabajo y una *labor*. En este contexto surgen personajes como el que *se tira a muerto* o el *esgunfiado* que ponen en escena el aburrimiento social propio de las conciencias que ya no creen en el sistema laboral.

De la mano con estas figuras signadas por la *fiaca*, surge la necesidad del cronista de preguntarse quién es y para qué trabaja. Así, Arlt expresa una abulia frente a su trabajo de cronista, pero al mismo tiempo ofrece una hipótesis que intenta explicar su compromiso férreo con la labor periodística: la motivación de Arlt no está en la idea del progreso, sino en una tarea moral y política que se autoimpone. Es decir, comunicar la verdad sobre la situación laboral de la ciudad a sus lectores. En ese marco, las experiencias individuales que son transmitidas a él mediante

cartas estimulan no solo el cumplimiento de esa tarea, sino también la reconfiguración de la figura del escritor como *periodista denunciante*: la labor remunerada y reconocida socialmente del cronista recobra, así, la función social propia de la literatura a través de las notas arltianas que expresan el sentir del lector porteño respecto a su ciudad, en un lenguaje que le es conocido y dirigido a él mismo.

De este modo, la lectura de *Aguafuertes porteñas* muestra que la figura del escritor comprometido, en la óptica de Sartre, es sintomática en los inicios de la década del treinta y está signada por la crisis laboral. En este contexto, Arlt responde, desde la nota diaria en *El Mundo* con una toma de posición que pretende acercar la literatura a la experiencia del día a día. Más adelante, con el cambio urbano posterior al treinta, su mirada de la ciudad se politiza lo que repercute en su escritura al asumir el rol de periodista denunciante. Así, desarrolla una nueva forma de hacer periodismo en la que transforma su columna diaria en un medio eficaz para presionar a los sectores de poder (Rodríguez 1993:67).



Notas

1. Fernando Aínsa analiza la representación de esta abulia generalizada en Buenos Aires y la manera en que esta genera personajes como los *tipos* que se detallan en este punto, dentro de la obra novelística de Arlt. Ver Aínsa (1993).
2. Me parece que esto representa mejor el rol del escritor que plantea Arlt en *Aguafuertes porteñas* en contraste con la opinión de Adriana Rodríguez quien afirma que “los textos periodísticos optan por la vida contra el arte” (1993: 9).

Bibliografía

- Aínsa, Fernando
1993 “La provocación como antiutopía en Roberto Arlt”, en *Cuadernos hispanoamericanos. Los complementarios*. Madrid: Núm. 11, pp. 15-22.
- Arendt, Hannah
1993 *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Arlt, Roberto
s/f *El juguete rabioso*. Buenos Aires: Página 12.
s/f *Aguafuertes porteñas*. Buenos Aires: Página 12.
- Bauman, Zygmunt
2004 *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, Karl
2010 *El capital. Crítica de la economía política. Libro Primero. Volumen I*. Madrid: Siglo XXI.
- Platón
2009 *Fedón. Fedro*. Madrid: Alianza Editorial.
- Rodríguez, Adriana
1993 “Arlt: sacar las palabras de todos los ángulos”, en *Cuadernos hispanoamericanos. Los complementarios*. Madrid: Núm. 11, pp. 5-14.
- Saïtta, Sylvia
1993 “Arlt y las nuevas formas periodísticas”, en *Cuadernos hispanoamericanos. Los complementarios*. Madrid: Núm. 11, pp. 59-69.
2006 “La narración de la pobreza en la literatura argentina del siglo veinte”, en *Revista Nuestra América*. Porto: Núm. 2, pp. 89-102.
- Sartre, Jean-Paul
1967 *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Losada.
- Walsh, Rodolfo
1973 *Un oscuro día de justicia*. Buenos Aires: Siglo XX.

